

KORIMBA.COM
MIRANDA JULY
BESO UNA PUERTA

Ahora que lo sé, todo resulta claro. De pronto, no hay nada que recuerde que no contenga una clave. Recuerdo un hermoso abrigo de lana azul con botones planos y plateados. Le quedaba a la perfección, incluso se le ceñía al cuerpo.

¿De dónde has sacado ese abrigo?

Me lo ha comprado mi padre.

¿De verdad? Es genial.

Lo acabo de recibir esta mañana.

¿Lo eligió él? ¿Cómo sabe elegir algo tan genial?

No lo sé.

Resultaba injusto que Eleanor fuese tan guapa y a la vez la cantante del mejor grupo de música, y, por si fuera poco, que tuviese un padre que le enviaba abrigos fabulosos comprados en tiendas carísimas y que le quedaban como si estuviesen hechos a medida. Mi padre jamás me envió nada, aunque a veces me llamaba para preguntarme si podría darle trabajo.

Yo solo Soy una camarera.

Pero ¿qué tal si yo trabajara bajo las órdenes de la camarera?

¿De ayudante de camarera?

¡Eso!

No tenemos ayudantes de camareros. Yo misma retiro el servicio de las mesas.

Podrías subcontratarme; ahorrarías mucho tiempo.

Mira, me resulta imposible mandarte dinero.

¿Te he pedido dinero? ¡Te he pedido trabajo!

Ahora mismo no puedo hacer nada.

No quiero dinero. ¡Quiero una vida que tenga sentido!

Tengo que dejarte.

Mándame solo cincuenta dólares. Yo pagaré los gastos del giro.

Cuando Shy Panther actuó en el Lyceum, el padre de Eleanor se presentó allí para verla actuar, y tuve entonces la oportunidad de conocerlo. Era un hombre muy atractivo, increíblemente atractivo. Delante de él, ella enmudecía, y, para ser sincera, daba la impresión de que Eleanor era menos interesante cuando él estaba a su alrededor. Tanto que, cuando salió al escenario, su diminuta presencia resultó casi presuntuosa: cómo iba a imaginarse ella jamás que la gente quisiera escucharla. Cantó:

Él parece una puerta

Tiene el mismo sabor que una puerta

Y cuando le beso

Beso una puerta

Su monotonía característica y su famosa falta de carisma en el escenario no sirvieron de nada aquella noche. No estuvo a su altura. Era la chica rara de la clase, esa a la que obligaban a recitar poemas. La observé desde el backstage, de pie junto a su padre, preguntándome si me tenía cogida por el brazo o si estaba imaginándomelo. Sí, estuve flirteando con él, no en ese momento, pero sí durante toda la noche. Me dijo algo que aún me repito todos los días. Me dijo: Los hombres se chiflan por las mujeres más altas que ellos. Pero ahora sé más sobre el asunto y empiezo la frase con «en el Cielo». En el Cielo, los hombres se chiflan por las mujeres más altas que ellos. Y todos los perros que mueren resucitan. Cuando dimos por concluida la noche, Eleanor y su padre me dejaron en mi apartamento y me sentí celosa y confusa, como si él la hubiese preferido a ella en vez de a mí. Solo que la cosa no era tan sencilla. Estoy psicoanalizando la situación retrospectivamente.

Cuando Thunderheart salió al mercado, ya no éramos amigas. No por lo que ocurrió aquella noche, sino porque me acosté con Marshall. No era su novio —

me lo decía a mí misma mientras le besaba la bragueta de su vaquero

—, pero sabía que ella estaba convencida de que los dos miembros de su grupo le

pertenecían. Tenía un pene largo y curvado hacia abajo, de modo que pude follármelo recostada sobre su espalda: lo llevé hacia atrás por entre sus piernas y me lo metí. Parece imposible, pero así fue. Se comprendería mejor si hiciera un esquema.

¿Lo has hecho así antes?, le pregunté.

No.

¡Estás mintiendo!

No, ni siquiera sabía que fuese posible.

¡Te he enseñado algo! Ahora ya puedes hacerlo siempre en esta postura.

Pues sí. Es posible que sea ese tipo de cosas que siempre le vienen mejor a la mujer.

¿De verdad? Oh, Dios mío, lo siento. ¿Quieres parar?

¿Estás ya a punto de correrte o algo por el estilo?

Creo que sí.

Vale, de acuerdo. No hay prisa.

No, en realidad no puedo correrme. Vamos a cambiar de postura.

Fue Marshall quien me contó lo de Eleanor. Hacía más de un año que no lo veía. En ese intervalo, conocí a Jim y creo que incluso ya estaba embarazada de April. Me lo contó todo mientras estábamos en la sección de música soul de Spillers.

¿Que está viviendo con sus padres? ¿Por qué?

No con sus padres —dijo él—, con su padre. Sus padres están divorciados.

Pero ¿por qué? ¿Está bien?

Bueno, no, claro que no, desde que vive con él...

¿Está enferma?

No. ¿Conoces a su padre?

Sí, lo conocí en el concierto del Lyceum.

Entonces ya sabes lo de él.

¿Qué?

Lo enamorado que está de ella.

¿Cómo?

¿Es que no lo sabías?

¿Qué?

Se divorció de su mujer para estar con ella. Esa fue la razón por la que ella vivió en Lampeter el tiempo que estuvo en el instituto.

Esa no es la razón.

Sí que lo es. Mientras iba al instituto vivían como pareja.

No puedo creerlo. No, me lo habría contado.

Lo siento.

¿Por qué no me lo contó?

Lo siento.

Oh, Dios mío. ¿Y está viviendo con él? ¿De verdad?

No lo sé. Nadie ha hablado con ella.

Pero es posible, ¿no?

Sí, es posible.

Ahora, cuando saco el disco, es como si sacase una espada o un martillo. Thunderheart. Es el único y sorprendente fragmento que evidencia su yo. Su yo más íntimo y verdadero, cantado en el único registro de voz que tenía, aquel registro de voz que, quién sabe por qué, ella decidió que era estupendo. El grupo permaneció unido durante dos años. Aquellos fueron los únicos años en que vivió sola, separada de su padre. Y, hasta donde sé, Marshall y Sal eran los únicos a quienes se lo había contado. Es como si hubiese emergido del infierno para hacer solo eso, un disco, y después hubiese regresado a él. Pero yo no soy nadie para juzgar. Quizá no era el infierno. Quizá quería regresar. Marshall me contó que aún estaban juntos y que

vivían en Milford Haven. Él actuó en Cardiff y ella fue a verlo. Cuando le preguntó si seguía cantando, ella se rio y le dijo: ¿Que si sigo cantando? Me halagas.